

puesto, cuando la luna no se ha asomado todavía, se encuentran valles que parecen montones apilados de derrumbamientos extraños; es el momento en que las rocas parecen ruinas y las ruinas rocas.

Algunas veces la parte de poeta que hay en mí triunfa del algo de anticuario que en mí existe también, y gozo con estas visiones.

Algunas veces vuelvo al día siguiente; exploro la casucha paso á paso y trato de hacer constar la edad por el saliente de las barbancas, la forma de las molduras y la separación de las ojivas.

Hay en este género, á dos millas de Heidelberg, un delicioso valle, valle de arqueólogo y valle de soñador. Cuatro viejos castillos sobre cuatro abolladuras de las rocas como cuatro buitres que se miran; entre esos cuatro castillejos, un pueblecito ruin parece haberse refugiado con espanto en la cima de una montaña cónica, desde donde se apretuja en sus murallas y desde donde observa hace seiscientos años la actitud temible de los castillos. El Neckar parece que hace la causa del pueblecito, pues rodea la montaña de los que lo viven con su brazo de acero. Viejos bosques, recamados en esta estación con todos los matices dorados del otoño, se inclinan por todas partes hácia este valle como cuando se espera la hora del combate. Hay allí entre los robledales y los castañares grandes pinares habitados por los buhos y las ardillas. A ciertas horas, este conjunto no es un paisaje, es una escena, y se espera el instante en que los actores, ese pueblo y esos castillos, ese hormiguero de enanos y esos cuatro gigantes petrificados, van á recobrar la vida y dar principio á la función.

Este admirable lugar se llama Neckarsteinach. Uno de esos cuatro castillejos se ha convertido en alquería y otro en quinta de recreo. Los otros dos, que están completamente arruinados, devastados ó desiertos, me han interesado sobremanera y me han hecho volver muchas veces.

En el siglo doce uno de ellos se llamaba y aun se llama hoy Schwalbennest, lo que quiere decir *el Nido de Golondrina*. Está, en efecto, colocado en saliente y fabricado, como por una golondrina gigantesca, sobre una consola de rocas, en el arco avialado de un enorme monte de asperón rojo.

En tiempo de Rodolfo de Hapsburgo fué la mansión de un feroz hidalgo-ban-

dido que se llamaba Bigger le Fleau. Todo el valle, de Heilbronn á Heidelberg, era presa de ese gavilán con faz humana.

Como á todos los de su clase, la Dieta le ordenó que se presentase: Bigger desatendió el mandato.

El emperador le desterró del imperio. Bigger se echó á reír al saberlo.

La liga de las cien ciudades envió sus mejores tropas y su mejor capitán á sitiarse el Nido de Golondrina. En tres salidas, le Fleau exterminó á los sitiadores.

Bigger era un combatiente de estatura colosal y sus brazos golpeaban con la fuerza de un herrero.

Por fin el Papa le excomulgó y á todos los que con él estaban.

Cuando Bigger oyó leer, al pié de una muralla, por uno de los mesnaderos del Sacro-Imperio, la sentencia de excomunion, levantó los hombros.

Al día siguiente, al despertarse, encontró el castillo desierto y la puerta y la poterna tapiadas. Todos sus hombres de armas habían dejado durante la noche la ciudadela maldita y habían tapiado las salidas.

Uno de ellos, que se había ocultado en la montaña, en una roca desde donde la mirada penetraba en el interior del castillo, vió á Bigger le Fleau bajar la cabeza y andar con lentos pasos por el patio. El no entró una sola vez en el castillejo, y andó así hasta la tarde, solo y haciendo sonar las losas bajo su talón de acero.

En el momento en que el sol se ocultaba detrás de las colinas de Neckarge-mund, el temible burgrave cayó á lo largo en tierra.

Estaba muerto.

Su hijo no pudo relevar á su familia de la excomunion más que cruzándose y trayendo de la Tierra Santa la cabeza del sultán, la que aun figura hoy en medio del escudo de un caballero de piedra que se llama Ulrico Landschad, hijo de Bigger, y que duerme tendido en una tumba en la iglesia de Steinach.

Esta familia está hoy extinguida.

¿Es verdad, Luis, que es una preciosa historia y que vale también la pena de ser referida como las grandes batallas y los matrimonios de los reyes? Todo esto conviene recogerlo en la memoria del pueblo. Los historiadores desdeñan estos detalles, diciendo que esto es pequeño; yo declaro que es grande. Esos son cuentos de niñeras, añaden: pero ¿conoces tú nada más magnífico y más terrible que

los cuentos de niñeras? Respecto á mí, debo decir que Homero me parece tan sublime porque yo coloco la *Iliada* entre los cuentos de niñeras.

Con este motivo, Buchanan, al que yo hojeaba estos días en la Biblioteca de Heidelberg, hace una manifestación ingenua. Hé aquí lo que escribe á propósito de *Macbeth*: *Multa hic fabulose affingunt; sed, quia theatris aut fabulis milesiis sunt aptiora quam historiae, ea omitto*. El que Buchanan pone así entre dos paréntesis es Shakespeare.

El pueblo, por otra parte, no se equivoca en esto. Ama lo grande y ama los cuentos. Hasta exagera de buena fé los personajes de sus leyendas, y los coloca, por el abultamiento augusto de los detalles, al nivel de los grandes hombres históricos. La crónica no gasta ceremonias como la historia para trastornar toda la naturaleza cuando se trata de festejar alguno de sus héroes. Cuando el laird escocés Dunwald asesinó, en el castillo de Fores, al rey Duff, ocurrieron allí muchos prodigios y el sol se veló como en la muerte de César.

Si los narradores de esas grandes cosas se llaman Héctor Boece ó Hailes's, lo que refieren no es historia, son cuentos. El día en que ellos se llamen Homero, Virgilio ó Shakespeare, no será tampoco historia lo que hagan, serán epopeyas.

El Schwalbennest tiene hoy aun un arrogante y sombrío aspecto. Es un castillejo cuadrado, cuyos dos ángulos vueltos hácia el valle desaparecen y se absorben debajo de dos torrecillas redondas con barbancas; una doble circunvalación cubierta de hiedra lo envuelve, y todo ese bloque pende colgado, como ya te lo he dicho, del flanco de una montaña casi suspendida sobre el Neckar.

Yo escalé el sendero, en otro tiempo tan temible, por donde han caído chorros de aceite hirviendo, pez encendida y plomo derretido desde las barbancas. Yo entré por esa poterna y por esa puerta que han sido tapiadas, hoy anchas hendiduras que abren paso al primer recién llegado, y con un clavo he grabado estas tres líneas en una piedra de las jambas y dintel de la puerta: *Cuando la puerta de la tumba se cierra á una familia para no abrirse jamás, la puerta de la casa se abre para no cerrarse nunca*.

El interior del castillo es de un aspecto lúgubre. Raíces de árboles alzan aquí y allá ese viejo enlosado del siglo doce, donde ha resonado la colosal armadura de Bigger cuando el burgrave cayó

muerto de repente en el suelo. La montaña, llena de manantiales, continúa rezumando gota á gota en la cisterna semi-colmada. Los fresales en flor se esparcen entre las losas. Las piedras de las paredes, azotadas por la lluvia y lamidas por la luna, están picadas de mil agujeros, donde larvas de mariposas-espectros hilan en la sombra su capullo. Ningún sér humano hay en esta morada. En las ventanas inaccesibles del castillejo aparecen plantas silvestres; los helechos, que agitan allí su abanico, y las cicutas, que inclinan su quitasol. La gran sala, cuyo techo y cielos rasos están desfondados, está todavía realmente decorada por trece ventanas grandes abiertas por la parte del valle. En el momento que yo me encontraba en ella, el sol poniente hacia servir una de las ventanas de marco á un Claudio Lorrain magnífico.

El otro castillejo no tiene nombre, ni historia, ni fecha, por decirlo así, ni hasta casi forma, y es mucho más terrible aun que el Nido de Golondrina.

Si se hiciese por un instante caso omiso de la torre cuadrada que aun le domina, se observaría que no es un castillejo, ni una ruina, ni una casucha, ni un edificio teniendo forma humana—porque el hombre imprime la forma al edificio,—sino que es un bloque, una masa cavernosa, una roca horadada como un pulmón de agujeros y de *cæcum*, una enorme madrepora que penetra y que llena inextricablemente con todas sus antenas, con todos sus piés, con todos sus dedos, con todos sus cuellos, con todas sus espirales, con todos sus picos, con todas sus trompas, con todas sus cabelleras, la vegetación, ese pólipo espantoso.

Yo entré allí con mucho trabajo, haciendo en la maleza un ruido como si fuese un venado.

Este castillejo cuenta dos siglos más de antigüedad que el Schwalbennest. La torre cuadrada solo tiene un hueco, una puerta del siglo noveno, por debajo del cual aun salen de los muros, á una altura de cerca de cuarenta piés, las dos repisas de reborde brillantado que sostenían el puente levadizo. La arquivolta llena de sombra de esta entrada inaccesible se conserva tan pura como si hubiesen cortado ayer la piedra.

La única cosa que tiene todavía forma, como la torre cuadrada, es una gran torre redonda, arrasadas las tres cuartas partes de ella, que rodea uno de los ángulos del muro y que he distinguido al subir. Una vez metido en los antros la-

berínticos del castillo desplomado, me ha costado algún trabajo reconocerle. Por fin noté entre dos montones de yerba la embocadura estrecha de un corredor. Me deslicé por él y llegué de este modo á una pequeña y singular encrucijada; eran cuatro celdas oblongas, abovedadas, bajas, irradiando hácia los cuatro puntos diferentes del valle, terminadas cada una por una tronera y partiendo las cuatro del extremo del corredor por donde yo habia entrado. Figúrate el interior del molde donde se hubiera fundido el pié de una águila colosal. Esas cuatro celdas tenían aberturas para los falconetes y máquinas de guerra. Desde el punto donde yo me encontraba, el burgrave podia ver á la vez, por la primera tronera, á su derecha, la parte opuesta de la montaña; por la segunda, enfrente de él, el Schwalbennest; por la tercera, la ciudad agrupada en la colina, y por la cuarta, á su izquierda, los otros dos castillos del valle. Esta garra de águila, que tenia por uñas cuatro máquinas de guerra, era el interior de la torre redonda.

Entre las cuatro aberturas todo era granito cementado y mampostería maciza. Yo he dibujado el Schwalbennest visto por la tronera.

En la primavera, esta ruina, cambiada en un prodigioso ramo de flores, debe estar encantadora.

Aquí nadie sabe nada del castillo. Ni aun le queda su leyenda y su espectro. Las generaciones de hombres que lo han habitado han entrado allí cada cual á su vez como en una caverna sin fondo y no ha vuelto á aparecer la sombra de ninguno.

Como yo llegué al ponerse el sol, la noche se me echó encima estando aun aquí. Entonces esta morada ruinosa, llena de maleza, poco á poco dejó oír, agrandándolo, un ruido extraño. Querido Luis, si alguna vez te hablan del silencio de las ruinas durante la noche, te ruego que exceptúes el castillo sin nombre de Neckarsteinach. Yo en mi vida he oído un alboroto semejante. Tú conoces ese adorable tumulto que estalla en una selva, en Abril, al salir el sol; de cada hoja salta una nota, de cada árbol una melodía; la curruca gorjea, la paloma torcaz arrulla, el gilguero trina, el gorrion, ese festivo pífano, silba alegremente, descolando su voz entre todas. El bosque es una orquesta. Todas esas voces que tienen alas cantan á la vez y esparcen por las colinas y las praderas la sinfonía

misteriosa del gran músico invisible. En el castillo sin nombre, á la hora del crepúsculo sucede lo mismo, pero invertido de una manera horrible. Todos los monstruos de la sombra se despiertan y empiezan á hormiguar. El murciélago bate las alas, la araña golpea el muro con su martillo y el sapo agita su horrible caraca. No sé qué vida venenosa y fúnebre se arrastra entre las piedras, entre las yerbas y entre las ramas. Y luego se oyen susurros sordos, toques raros, alaridos, crepitaciones debajo de las hojas, suspiros débiles que suenan al lado de unos gemidos desconocidos, ruidos lúgubres exhalados por seres deformes, lo que no se escucha jamás aullado ó murmurado por lo que no se vé nunca. A cada instante gritos horrorosos salen de pronto de las habitaciones desmanteladas y desiertas; son las lechuzas que se quejan como los moribundos. En otras ocasiones se cree uno que andan por los sotos á la proximidad de algunos pasos; es la hojarasca fatigada que se remueve. Dos carbones ardientes, caidos no se sabe de qué horno, brillan en la sombra en medio de los escaramujos; es un mochuelo que te mira.

Yo me he apresurado á irme, lo que he efectuado con bastantes dificultades, no sabiendo dónde poner mis manos en las tinieblas y separando á tientas las piedras con la contera de mi baston. Te aseguro que no he podido contener un movimiento de alegría cuando al salir de la sombría é impenetrable bóveda de vegetación que cierra y envuelve la ruina, el cielo azul, vago, estrellado y espléndido, se me ha aparecido como un inmenso pilón de lapislázuli, tachonado de oro y colocado entre las cimas separadas de las montañas.

Me pareció que salía de una tumba y que volvía á la vida.

Por la tarde, despues de estas expediciones, volví otra vez á la ciudad. Por el camino encontré grupos de estudiantes de esa gran Universidad de Heidelberg, jóvenes simpáticos y graves, cuyo rostro piensa ya. El camino vá por la orilla del Neckar. La campana de la abadía de Neubourg suena por intervalos en lontananza. Las colinas proyectan sus grandes sombras en la corriente; el agua chispea á la luz de la luna con un estremecimiento semejante al que produciría una mariposa de plata: largas barcas oscuras cruzan las aguas como flechas, ó bien no aparecen barcos, ni gentes, ni casas; el valle se presenta mu-

do, el rio desierto y las rocas surgen confundidas en medio de las corrientes, figurando cocodrilos y ranas gigantes, que vienen á respirar al caer de la tarde á flor de agua.

Y puesto que estoy hablando de soles en su ocaso, de crepúsculos y de la luz de la luna, debo referirte mi velada de antes de ayer. Tú sabes que para mí no son siempre iguales, y por lo tanto nunca me considero hoy dispensado de mirar el cielo porque lo ví ayer. Sigamos, pues, dándole cuerda á mi locuacidad.

Al declinar el día subí por un bonito castañar que domina el castillo de Heidelberg á una alta colina que se llama el Pequeño Geissberg. En el siglo doce habia allí una fortaleza construida por Conrado de Hohenstaufen, conde del Sacro-Imperio, duque de los francos y cuñado del emperador Barbaroja. Con los restos de esta fortaleza, incendiada en 1278 al mismo tiempo que la ciudad de Heidelberg, los suecos hicieron en 1633 un atrincheramiento con piedra seca, y en nuestros dias, con el atrincheramiento de Gustavo Adolfo, un aldeano ha cerrado un campo de patatas.

La llanura del Rhin, vista desde el Pequeño Geissberg, es como el Océano visto desde el derrumbadero de Bois-Rosé. El horizonte es inmenso. Mannheim, Philippsburg, los altos campanarios de Spira, un sin fin de aldeas, bosques, llanuras sin término, el Rhin, el Neckar, islas innumerables y en el fondo los Vosgos.

A la derecha, en el Heiligenberg, cumbre prolongada cubierta de árboles, que se llamaba hace dos mil años el monte Pirus y hace mil el monte Abraham, las ruinas que aparecen refieren la misma historia que las ruinas del castillejo de Conrado en el Geissberg. Los romanos erigieron allí un templo á Júpiter y otro á Mercurio; con los restos de esos dos templos, Clodoveo, despues de la batalla de Tobiac en 495, construyó un palacio que habitaron los reyes francos. Cuatrocientos años más tarde, en tiempo de Luis el Germánico, Theodroch, abad de Lorges, edificó una iglesia con las demoliciones del palacio de Clodoveo. En 1622 los imperiales, mandados por el conde de Tilli, se apoderaron de Heiligenberg, echaron abajo la abadía romana de Theodroch, y construyeron con los escombros baterías y parapetos en la cresta de la montaña. Hoy, con esas piedras, que han sido un templo dedicado á Júpiter, un palacio de los re-

yes francos, una iglesia católica y una batería imperial, los campesinos de las aldeas vecinas hacen cabañas.

Yo me senté en lo alto del Geissberg, al lado de una madre selva salvaje que aun tenia flores, en una piedra colocada allí en tiempo de la guerra de los Treinta años. El sol habia desaparecido. Contemplé aquel magnífico paisaje. Algunas nubes huían hácia el Oriente. La luz crepuscular colocaba en los Vosgos de color violado sus largas cintas pintadas con los matices del espectro solar. Una estrella brillaba en lo más claro del cielo.

Me parecia que todos esos hombres, todos esos fantasmas, todas esas sombras que habian pasado desde hacia dos mil años por aquellas montañas, Atila, Clodoveo, Conrado, Barbaroja, Federico el Victorioso, Gustavo Adolfo, Turena, Custines, se levantaban detrás de mí y miraban como yo aquel espléndido horizonte. Yo tenia á mis piés los Hohens-tauffen destruidos, á mi derecha los romanos destrozados, por debajo de mí, inclinándose hácia el precipicio, los palatinos hechos ruinas; en el fondo, en la bruma, una pobre iglesia construida por los católicos en el siglo quince, invadida por los protestantes en el diez y seis, hoy dividida por un tabique entre los protestantes y los católicos, es decir, á los ojos de Roma por mitad paraíso é infierno, profanada, destruida; alrededor de esta iglesia, una mezquina ciudad cuatro veces incendiada, tres veces bombardeada, saqueada, reparada, devastada y reedificada; ayer residencia de príncipes, hoy universidad y manufactura, escuela y taller, ciudad de bachilleres y de obremos, es decir, hormiguero de jóvenes estudiando las tinieblas y de hombres trabajando la nada; delante de mí, en el espacio, tenia los rios siempre de nácar, el cielo siempre de zafiro, las nubes siempre de púrpura, los astros siempre de diamantes; á mi lado las flores siempre perfumadas, el viento siempre jugueteo, los árboles siempre agitados y jóvenes. En aquel momento sentí en toda su inmensidad la pequeñez del hombre y la grandeza de Dios, y me desvaneció uno de esos deslumbramientos de la naturaleza que deben tener, en su contemplación profunda, esas águilas que al caer de la tarde se distinguen inmóviles en la cima de los Alpes ó del Atlas.

Tú sabes, Luis, que en los sitios altos, en los momentos solemnes, hay un flujo

de ideas que te invade poco á poco y que casi sumerge la inteligencia. Decirte todo lo que pasó y volvió á pasar por mi espíritu durante esas dos ó tres horas de desvarío en el Geissberg sería imposible.

Hace cuatro mil años, esta vasta campiña, que se vé desde la cumbre del Geissberg abrirse como un mar, era un lago en efecto, un inmenso lago que azotaba todo ese gran circo de montañas, el monte Tonnerre, el Taunus, el Melibocus, el monte Pirus y los Vosgos. El Rhin, como el Niágara, descendía de lago en lago al Océano. Una antigua tradición refiere que un nigromántico, que se le tomó por rey, desecó ese lago para obtener su libertad. Ese mágico prisionero era el Rhin cautivo, que desgastó la barrera occidental del lago á fin de poder abismarse con más valentía entre la doble cadena de volcanes apagados que comienza en el Taunus y acaba en los Siete-Montes. Desde entonces el lago se ha cambiado en llanura, los hombres han sucedido á las olas y los castillejos á los escollos.

Acabo de decirte algunos de los grandes fantasmas históricos que han atravesado esta llanura en el espacio de veinte siglos. César fué el primero, Bonaparte el último.

Hay ciudades sobre las cuales, en ciertas épocas casi periódicas, por una especie de fatalidad local que está en el aire que nos rodea y por la combinacion de su situacion geográfica con su valor político, se acumulan las nubes como en las altas montañas.

Heidelberg es una de esas ciudades.

Debo decir al hablarte, por fin, de su castillo—porque ya es hora de que te cuente algo para entretenerte, y debia haber comenzado por aquí,—¡cuántas aventuras registra! Por espacio de quinientos años ha recibido de rechazo todo lo que ha conmovido á Europa y ha acabado por arruinarla. En verdad, esto provenia de que el castillo de Heidelberg, residencia del conde palatino, que no tenia por encima de él más que reyes, emperadores y papas, y como demasiado grande para permanecer encorvado bajo sus piés, no podia levantar la cabeza más que tropezando con ellos; esto provenia, digo, de que el castillo de Heidelberg ha tenido siempre yo no sé qué actitud de oposicion á los poderes. En 1300, época de su fundacion, comienza por una Tebaida; tiene en el palatino Rodolfo y en el emperador Luis, esos dos

hermanos desnaturalizados, su Eteocle y su Polynice. Despues el elector vá engrandeciéndose. En 1400, el palatino Ruperto II, acompañado de tres electores del Rhin, depuso al emperador Wenceslao y ocupó su lugar; ciento veinte años más tarde, en 1519, el palatino Federico II hará del joven rey Carlos I de España el emperador Carlos V. En 1415, el conde Luis el Barbudo le declara protector del Concilio de Constanza, y aprisiona en su castillo de Heidelberg un Papa, Juan XXIII, que llama, en una carta al emperador, *vuestro simoníaco Baltasar Kossa*. Un siglo despues Lutero se refugia en Mannheim, cerca de ese mismo Heidelberg, á la sombra del palatino Federico. De intento omito aquí, para hablarte con más extension dentro de un instante, á Federico el Victorioso, el gran titán de Heidelberg. En 1619 Federico V, un joven, se apodera de la corona real de Bohemia contra la voluntad del emperador, y en 1687, el palatino Felipe Guillermo, un viejo, coge el birrete de elector contra la voluntad del rey de Francia. De aquí surgieron para Heidelberg luchas, sacudidas, conmociones sin fin, la guerra de los Treinta años, que es la gloria de Gustavo Adolfo, y la guerra del Palatinado, que es la mancha de Turéna. Todas las cosas terribles han castigado este castillo. Tres emperadores, Luis de Baviera, Adolfo de Nassau y Leopoldo de Austria, lo sitiaron; Pio II fulminó la excomunion contra él y Luis XIV lanzó el rayo.

Podria hasta decirse que el cielo tambien intervino. El 23 de Junio de 1764, la víspera del dia en que Carlos Teodoro debia venir á habitar el castillo y fijar en él su residencia—lo que, sea dicho de paso, hubiese sido una gran desgracia; porque si Carlos Teodoro hubiese pasado allí sus treinta años, la severa ruina que admiramos hoy estaria, sin duda alguna, guarnecida de un horroroso adamascado Pompadour,—la víspera, pues, de ese dia, cuando los muebles del príncipe estaban depositados á la puerta en la iglesia del Espíritu Santo, cayó el fuego del cielo sobre la torre octógona, incendió la techumbre y acabó por destruir en algunas horas aquel castillo de cinco siglos. Ya doscientos años antes, en 1537, el antiguo palacio construido por Conrado en el Geissberg y convertido por Federico II en polvorin, habia sido herido por un rayo y habia saltado. Coincidencia singular. El mismo desenlace han tenido los dos castillos de

Heidelberg, el castillejo de Hohenstauffeu y la mansion de los palatinos. Uno y otro han concluido, como el sueño de la tragedia, *por un rayo*.

Estos celos sordos y velados, de que te hablaba ahora mismo, del elector contra el emperador, del conde soberano contra el César, se traducen y estallan visiblemente hasta en las fachadas del castillo. En el palacio de Oton-Enrique, el artista, inspirado en las ideas del príncipe, ha puesto medallones de emperadores romanos. Entre esos céasares ha intercalado á Nerón y deslizado á Bruto. Ha subordinado la composicion de sus tres pisos á cuatro estatuas colocadas arrogantemente en el piso bajo. Estas cuatro estatuas son otros tantos símbolos; son semi-dioses y semi-reyes. Son Josué, Sansón, Hércules y David. En David no ha elegido al rey, sino al pastor. Cada estatua tiene por debajo su inscripcion, que acaba de explicar el pensamiento atrevido del palatino. A los piés de Josué se lee:

EL DUQUE JOSUÉ (HERZOG JOSHUA)  
CON LA AYUDA DE DIOS  
HIZO PERECER  
TREINTA Y UN REYES.

Sansón, en su leyenda, se convierte casi en un elector palatino:

SANSÓN EL FUERTE  
ERA LUGARTENIENTE DE DIOS  
Y GOBERNÓ ISRAEL  
POR ESPACIO DE VEINTE AÑOS.

Hércules es Federico II, que dice, despues de haber salvado por dos veces Alemania y batido á los turcos á la cabeza del ejército de la confederacion germánica:

YO SOY HÉRCULES  
HIJO DE JÚPITER  
CONOCIDO POR MIS NOBLES TRABAJOS  
MUY CONOCIDO.

David, en fin, el pastor David, que tiene su honda en una mano y la cabeza del gigante en la otra, es el usurpador legitimado por la gloria, Federico el Victorioso, que parece decir al emperador Adolfo:

DAVID ERA UN MUCHACHO  
ANIMOSO Y PRUDENTE  
QUE AL INSOLENTÉ GOLIAT  
LE CORTÓ LA CABEZA

Goliat debia tenerse por advertido.

En efecto, el elector palatino era un príncipe grande y temible. Entre los electores-duques tenia la misma categoría que el arzobispo de Maguncia entre

los electores-obispos. Llevaba el globo del Sacro-Imperio en las solemnidades germánicas. Desde Carlos V estaba al servicio de sus armas.

Los condes palatinos eran ordinariamente instruidos, lo que es el adorno y la coquetería de los verdaderos príncipes. En el siglo catorce, Ruperto el Antiguo fundaba la Universidad de Heidelberg; en el siglo diez y siete, el palatino Carlos era doctor de la Universidad de Oxford. Oton el magnánimo dibujaba y esculpía. Oton-Enrique pertenece á ese admirable siglo diez y seis, que confundía en una vida comun al príncipe y al artista en sus cimas deslumbradoras. Carlos V recogía el pincel del Ticiano. Francisco I, como más tarde Carlos IX, hacia versos, pintaba y dibujaba. *Molte volte*, decia Pablo Lamoszo, *si dilettava di prendere lo stilo in mano e esercitarse nel disegnare e dipingere*.

Tambien era un príncipe ilustrado, gracias á su viejo maestro Matias Kemnat, ese Federico el Victorioso, que fué, por decirlo así, en el siglo quince el gemelo de Carlos el Temerario, y del cual el valiente duque de Borgoña prefirió la amistad al título de rey. La historia no tiene figura más soberbia. Debuta con la usurpacion, porque su pais tenia necesidad de un hombre y no de un niño. Defiende el Palatinado contra el emperador y al arzobispo de Maguncia contra el Papa; es excomulgado tres veces; destruye la liga de los trece príncipes; apoya con mano fuerte la confederacion rhenana; tiene á raya á toda la Alemania; gana las batallas de Piederdsheim y de Sekenheim; dá al margrave Carlos de Baden, al obispo Jorge de Metz, al conde Ulrico de Wurtemberg y á los ciento veintitres caballeros, sus prisioneros, la famosa *comida sin pan*; declara la guerra á los burgraves-bandidos y purga de ellos el Neckar, como Barbaroja y Rodolfo de Hapsbourg habian purgado el Rhin; en fin, despues de haber vivido en un campo de batalla, muere en un claustro. Vida que será más tarde la del gran Federico, muerte que será más tarde la de Carlos V.

Héroe de doble perfil, en el que la Providencia bosquejaba de antemano esos dos grandes hombres.

Mirado á vista de pájaro, el castillo de Heidelberg presenta poco más ó menos la forma de una F, como si el azar hubiese querido hacer de la magnífica casa solariega la gigantesca inicial de ese victorioso Federico, su más ilustre mora-

dor. La gran línea recta de la F está paralela al Neckar y mira á la ciudad, que el castillo domina desde la mitad de la cuesta. El gran brazo, que parte en ángulo derecho del extremo superior de la línea recta, se extiende por encima de un vallecillo que lo separa de las montañas del Este. El brazo pequeño del medio, acertado por las ruinas que lo terminan, cerraba el castillo al Oeste por el lado de las llanuras del Rhin, y volvía hácia el monte Geissberg las manos que parece tener aun en sus muñecas rotas.

Hay de todo en el castillo de Heidelberg. Es uno de esos edificios donde se acumulan y se mezclan las bellezas esparcidas en los demás. Hay torres rebajadas como en Pierrefonds, fachadas elegantes como en Auet, muchos arcos caídos en una sola pieza en el foso como en el Rheinfels, anchos estanques tristes, desmoronados y musgosos como en la villa Pamfili, chimeneas de reyes llenas de zarzas como en Aleung-sur-Loire, grandeza como en Tancarville, gracia como en Chambord, terror como en Chillon.

Las huellas de los asaltos y de la guerra se encuentran por todas partes. Tú no puedes imaginarte con qué furia, en particular los franceses, han devastado este castillo desde 1689 á 1693. Ellos han vuelto á aparecer en tres ó cuatro ocasiones distintas. Han hecho volar las minas debajo de las galerías y en las entrañas de las torres más fuertes; han puesto fuego á las techumbres, y han hecho estallar bombas á través de las Dianas y las Venus de las más delicadas fachadas. Yo he visto huellas de balas en las jambas y dintel de esas preciosas ventanas del piso bajo de la sala de los Caballeros, por donde saltaba la palatina con el propósito de *hacerse hombre*. Esta misma palatina tan espiritual, tan traviesa y tan desesperada por ser mujer, fué más tarde la causa de la guerra. Extraña coincidencia: hay ciudades que se han perdido por mujeres que eran maravillas de belleza; un milagro de fealdad perdió á Heidelberg.

No obstante, sea cual fuere la devastación, cuando se sube al castillo por las pendientes, los arcos abovedados y las galerías que á él conducen, se duele uno que el lado grande vuelto hácia la ciudad, aunque admirablemente formado, en su extremo Oeste, de una torre despazurrada que habia sido la gran torre; en su extremo oriental de una bonita torre octógona, que fué la torre de la

campana, y en su centro de un hotel de dos remates al estilo de 1600, que fué el palacio de Federico IV; se duele uno, digo, de que todo ese lado grande se resienta de alguna monotonía. Confieso que me hubiese complacido ver una ó dos brechas. Si yo hubiese tenido el honor de acompañar al mariscal de Lorges en su salvaje ejecución de 1693, le habria aconsejado que hubiese disparado algunas descargas de artillería que hubiesen dado más atractivo á la línea de la gran fachada. Cuando se hace una ruina es preciso hacerla bien.

Acuérdate de aquel admirable castillo de Blois, tan estúpidamente *utilizado* para cuartel, cuyo patio interior tiene cuatro fachadas que publican cada una la historia de una gran arquitectura. Pues bien, cuando se entra en el patio interior de los palatinos, la impresion no es menos profunda ni menos complicada. Se queda uno desvanecido. Se ha probado á hacerle la vista gorda, como se ha probado á tener oídos de mercader delante de las *Nupcias* de Pablo Veronés. Parece que hay en este patio un inmenso resplandor que viene á la vez de todos los lados. Todo te atrae y todo te llama. Si te vuelves hácia el palacio de Federico IV, tienes delante los dos altos frontis triangulares de esta fachada recargada y sombría, con entablamentos ámpliamente destacados, donde se levantan entre cuatro órdenes de ventanas, cortadas con el más atrevido cincel, nueve palatinos, dos reyes y cinco emperadores (1). A su derecha está la excelente portada italiana de Oton-Enrique, con sus divinidades, sus quimeras y sus ninfas, que viven y que respiran envueltas en suaves sombras de polvo; con sus Césares romanos, sus semi-dioses griegos, sus héroes hebreos y su vestibulo que tiene al Ariosto esculpido. A su izquierda se entrevé el frontispicio gótico del palacio de Luis el barbudo, y que parece agujereado y agrietado violentamente por las cornadas de un toro gigantesco. Por detrás, debajo de las ojivas de un pórtico, donde se resguarda un pozo medio lleno, están las cuatro columnas de granito gris regaladas por el Papa al

(1) Orden primero á partir de lo alto del palacio: Carlo-Magno, emperador; Oton de Wittelsbach, palatino de Baviera; Luis, duque de Baviera y primer conde palatino del Rhin; Rodolfo I, palatino. Segundo orden: Luis de Baviera, emperador; Ruperto II, emperador; Oton, rey de Hungría; Cristóbal, rey de Dinamarca. Tercer orden: Ruperto el Antiguo, palatino; Federico el Victorioso, palatino; Federico II, palatino; Oton-Enrique, palatino. Cuarto orden: cuatro palatinos, Federico el Piadoso, Luis, Juan Casimiro y Federico IV, constructor del palacio.

La casa palatina se remontaba por las mujeres hasta Carlo-Magno.

gran emperador de Aix-la-Chapelle, que vinieron en el siglo octavo de Rávena á las orillas del Rhin, y en el quince de las orillas del Rhin á las orillas del Neckar, y que, despues de haber visto caer el palacio de Carlo-Magno en Ingelheim, miran desmoronarse el castillo de los palatinos de Heidelberg.

Todo el piso del patio está obstruido con escalinatas destrozadas, fuentes secas y pilones desmochados. Por todas partes la piedra se quiebra y la ortiga asoma.

Las dos fachadas del Renacimiento que dan tanto esplendor á este patio son de asperón rojo, y las estatuas que las cubren son de asperón blanco, admirable combinacion que prueba que aquellos grandes escultores eran tambien grandes coloristas. Con el tiempo el asperón rojo se ha enmohecido y el asperón blanco ha adquirido un tinte dorado. De estas dos fachadas, una, la de Federico IV, es muy severa; la otra, la de Oton-Enrique, es muy hermosa. La primera es histórica, la segunda es fabulosa. Carlo-Magno domina la una, Júpiter domina la otra.

Cuanto más se contemplan estos dos palacios yustapuestos, más se penetra en sus maravillosos detalles, más se te apodera la tristeza. ¡Extraño destino de las obras maestras de mármol y de piedra!

Un estúpido al pasar las desfigura, una absurda bala las aniquila, ¡y no son los artistas, son los reyes, los que unen sus nombres á ellas! Nadie sabe hoy cómo se llamaban los hombres inspirados que han construido y esculpido la muralla de Heidelberg. Hay allí renombre para diez grandes artistas que flota por encima de esa ilustre ruina sin poder fijarse los nombres. Un Boccador desconocido inventó el palacio de Federico IV; un Primatice ignorado compuso la fachada de Oton-Enrique; un César Cesariano perdido en la sombra dibujó las puras ojivas de triángulo equilátero de la mansion de Luis V. Véense aquí arabescos de Rafael y allí figuritas de Benvenuto. Todo esto lo cubren las tinieblas. En breve estos poemas de mármol morirán; los poetas ya han muerto. No lo crees tú así, Luis? La más amarga de las injusticias es la que niega la gloria, es el olvido.

¿Para quién han trabajado esos hombres admirables? Ay de mí! para el viento que sopla, para la yerba que crece, para la hiedra que viene á comparar sus follajes con los suyos, para la golondrina que pasa, para la lluvia que cae, para la noche que desciende.

Una cosa singular hay que hacer constar, y es que los tres ó cuatro bombardeos que han trabajado esas dos fachadas no las han destrozado ambas de la misma manera. En el frontispicio de Oton-Enrique apenas han roto las cornisas ó los arquivadas. Los olímpicos inmortales que la habitan no han sufrido nada. Ni Hércules, ni Minerva, ni Hebe han sido tocados. Las balas y los proyectiles de guerra se han cruzado alrededor de esas estatuas invulnerables sin tocarlas. Muy al contrario, los diez y seis caballeros coronados que tienen cabeza de leon por rodilleras y que presentan tan arrogante continente en el palacio de Federico IV, han sido tratados por las bombas como si fuesen carne de cañon. Casi todos han sido heridos. Oton, el emperador, ha sido herido en el rostro; Oton, el rey de Hungría, ha tenido la pierna izquierda rota, y Oton-Enrique, el palatino, tiene una mano arrancada. Una bala ha desfigurado á Federico el Piadoso. Un casco de bomba ha dividido en dos á Federico II y ha deshecho los riñones á Juan Casimiro. En estos asaltos, el que comienza por arriba, cerca del cielo, esta real série de estatuas, Carlo-Magno, ha perdido su globo, y el que la termina por abajo, Federico IV, ha perdido su cetro.

Por lo demás, no hay nada de más soberbio que esa legion de príncipes, todos mutilados y todos en pié. La cólera de Leopoldo I y de Luis XIV, el trueno, esa cólera del cielo, la Revolucion francesa, esa cólera de los pueblos, han tenido á bien acometerlos; y todos están allí aun, defendiendo su fachada, con el puño en la cadera, la pierna estirada, el talón afirmado y la cabeza alta. El leon de Baviera colocado á sus piés muestra su fiera actitud de leon. En el segundo piso, por debajo de una rama verde que ha atravesado el arquivada y que juega graciosamente con las plumas de piedra de su casco, Federico el Victorioso saca hasta la mitad la espada. El escultor ha puesto en ese rostro no sé qué aire de Ajax ofreciendo el combate á Júpiter, ó de Nemrod lanzando su flecha á Jehová.

Debió ser un maravilloso espectáculo el que ofrecerian esos dos palacios de Oton-Enrique y de Federico IV, vistos al resplandor del bombardeo en la fatal noche del 21 de Mayo de 1693.

M. de Lorges colocó una batería en la llanura delante de la aldea de Neuenheim, otra en el Heiligenberg, una tercera en el camino de Wolfsbrunn y una cuarta en el pequeño Geissberg. De estos